

el Sistema Howard Fast



En El Sistema, al parecer la tercera y última de las partes en que se desarrolla esta saga, encontramos de nuevo a muchos de los protagonistas de las dos novelas anteriores junto a otros nuevos o que apenas habían ocupado lugar en las otras.

Ha terminado la Segunda Guerra Mundial y Estados Unidos, después del primer momento de euforia, vuelve a centrarse con problemas, desde crisis económicas hasta la persecución anticomunista del senador McCarthy.

A través de todas ellas, y de sus propias crisis personales, pasaran los protagonistas de esta novela buscando, unos dinero, otros amor, otros su propia paz interior. Un gran fresco histórico de una época y de unos personajes, trazado con mana maestra por uno de los, realmente, grandes escritores norteamericanos actuales.

A Molly

Bienvenida al mejor de los mundos posibles.

Primera parte

Matrimonio

Cohen, un hombre corpulento de cuarenta y tres años, estaba impacientándose, lo cual era el preludio de perder los estribos y emprenderla con todo el que estuviera cerca, cosa que empezaba a ocurrir con excesiva frecuencia. Cosas pequeñas, insignificantes, le sacaban de sus casillas. Cuando pensaba en las cosas grandes que le habían sucedido sin hacer mella en él, comprendía que algo le corroía por dentro. Inconscientemente, seguía un proceso que pasaba de la ira reprimida, a la frustración y a la irritación. Ahora explotó con la pobre mujer que tenía delante.

—¡Por todos los santos del cielo, Mrs. Melcher! Estoy tratando de explicarle por qué le pasa eso. ¡Es que usted se carga el embrague! Un embrague no es una cosa hecha por Dios, como el anca de un caballo. Es un mecanismo para conectar y desconectar el motor y la transmisión. Hay una palanca recubierta por una y otra cara de un material abrasivo. Usted va siempre con el pie en el pedal y eso no puede ser. Lo que le hace falta es aprender a conducir. Eso ya le había ocurrido antes y volverá a ocurrirle.

La mujer se puso blanca y susurró:

—No tiene usted derecho a hablarme de ese modo. No tiene derecho. Cohen se la quedó mirando. «¡Ay, Dios!», pensó. Gómez, uno de los mecánicos, escuchaba atónito. Entonces bajó la voz y se disculpó.

—No tiene derecho a hablarme así —repetía Mrs. Melcher, a punto de echarse a llorar, como si no fuera capaz de encontrar otras palabras.

—Perdone. Se lo arreglaremos y mañana estará listo.

Cohen dio media vuelta y cruzó el taller en dirección al retrete, cerró la puerta con el pestillo, bajó bruscamente la tapa de la taza y se sentó con la barbilla apoyada en los puños apretados. Alguien había escrito en la puerta, entre obscenidades sin gracia: «Erase una vez un ermitaño llamado Dave que tenía en su cueva a una muchacha muerta. Él decía: "Ya sé que soy un puerco, pero la de dinero que ahorro"». Cohen miraba lo escrito sin entenderlo. Aquello no estaba allí la víspera. De pronto, todo lo que se había acumulado en su interior explotó. Abrió la puerta de un puntapié y gritó a los mecánicos:

—¡Quiero que pintéis este maldito retrete! ¡Hoy mismo! Y al primer pedazo de cerdo que escriba en las paredes, lo pongo en la calle.

Se metió en el despacho, que estaba separado de la nave del taller por una mampara de vidrio. Los mecánicos le miraban con asombro. Él se sentó detrás del escritorio sintiendo peso en el estómago. Respiró profundamente, miró la carpeta y se preguntó si estaría haciéndosele una úlcera. Sería lo que le faltaba. Una úlcera o un ataque al corazón. Era un hombre corpulento y musculoso, y la última vez que le habían hecho una revisión el médico le dijo que por su constitución física era propenso a sufrir una afección coronaria.

Gómez abrió la puerta del despacho con cautela.

—Eh, Bernie, ¿pasa algo malo?

Cohen le miró sin responder. Gómez era el encargado del taller, un chicano pequeño, huesudo y competente.

—¿Es en serio eso de que hay que pintar el cagadero, Bernie? Estamos de trabajo hasta los topes.

—Olvídalo.

—No te enfades con esas tías chifladas. Hay dos individuos que preguntan por ti.

—Recíbelos tú.

—Quieren verte a ti.

—¿Para qué?

—No lo sé. —Gómez abrió los brazos—. ¿Qué te pasa, Bernie? Aquí tienes a un buen equipo. Nosotros cumplimos y tú nos tratas a patadas. Por todo tengo que discutir contigo. Esos hombres no quieren una reparación. Quieren hablar con Mr. Cohen. Conque tú los recibes y yo vuelvo a lo mío, ¿eh?

Cohen asintió. Gómez salió del despacho, y a los pocos momentos se abrió la puerta y entraron los dos hombres. Uno era pequeño, de pelo rubio y unos treinta y cinco años. Tenía los ojos azules, un bigote descolorido y una cicatriz que le cruzaba la mejilla desde la sien hasta la barbilla. El otro era más joven, de veintitrés o veinticuatro, calculó Cohen, fornido, con la cara redonda y sonrosada como un bebé. Se quedaron frente a Cohen, y el de la cara redonda preguntó:

—¿Es él?

—El mismo —asintió el rubio.

—Es un cacho bestia, grandote como un gorila.

Cohen dio la vuelta a la mesa, les miró un momento más y estrechó al rubio en un abrazo de oso. El de la cara redonda les miraba moviendo afirmativamente la cabeza.

Cohen le soltó.

—Te presento a Herbie Goodman —dijo el rubio—. Herbie, aquí tienes a Bernie Cohen.

Se estrecharon las manos.

—Eres toda una leyenda —dijo Herbie—. Lo que se dice una leyenda.

—¿Cómo habéis dado conmigo? —preguntó Cohen.

—Tenemos nuestros propios métodos. Te quedarías con la boca abierta si te los contara.

El hijo de Barbara nació seis meses después de que ella se casara con Bernie Cohen y se convirtiera en Barbara Lavette Cohen o, como se apresuró a consignar la columna de chismes del periódico, Barbara Seldon Lavette Cohen. La puntualización tenía miga, ya que la familia Seldon pertenecía al selecto círculo que constituía la sociedad de San Francisco desde hacía casi cien años, período que ahora, en 1948, abarcaba toda la historia de la ciudad. Los chismorreos empezaron cuando el padre de Barbara, Dan Lavette, hijo de unos inmigrantes italianos, cortejó a la hija del banquero Thomas Seldon y contrajo matrimonio con ella. Años después, Jean Seldon, la hija del banquero y madre de Barbara se divorció de Dan Lavette, se casó con el riquísimo John Whittier, se divorció de éste y ahora vivía con su primer ex marido, circunstancia que, en las cenas y cócteles mundanos, constituía el tema de conversación más sabroso que San Francisco había conocido en mucho tiempo. La boda de Barbara Lavette, hija de Jean y Dan, con un tal Bernie Cohen, un mercenario prácticamente indigente, desconocido y sin familia —y, para colmo, judío—, estimuló deliciosamente los comentarios. Cuando, seis meses después de la boda, Barbara dio a luz un niño en el «Mount Zion Hospital», sin que se hiciera ni la más leve tentativa para disimular, las murmuraciones subieron de tono.

Barbara se sentía indiferente por completo a todo ello. Cuando rememoraba épocas de su vida, tenía la sensación de haber cubierto las etapas con retraso. Su niñez fue larga y solitaria; su adolescencia se prolongó hasta más allá de lo normal y conservó la inocencia hasta después de iniciados los estudios universitarios. Le parecía que nunca había marchado a la hora adecuada. Tuvo su primer y único hijo en 1946, a los treinta y dos años. El doctor Kellman, el médico que la atendió, decía que treinta y dos años no era una edad excesiva para empezar a tener hijos. Barbara era una

mujer alta, fuerte y sana, y Kellman le aseguró que el parto no presentaría dificultades.

Barbara no quiso anestesia. Hasta el último mes, el embarazo fue relativamente fácil, y dijo a su marido:

—Tal vez tenga otro hijo, o tal vez no...

—O dos o tres —sugirió él.

—El caso es que quiero vivir plenamente la experiencia. Quiero saber qué es lo que ocurre y cómo ocurre.

—¿Para ponerlo en un libro? ¡Qué disparate!

—Yo escribo acerca de lo que sé. Y no es un disparate.

Bernie estaba con ella cuando empezaron los dolores e insistió en permanecer a su lado hasta el fin. Al cabo de dos horas, cuando, a cada contracción, los gemidos de Barbara se hacían más y más agudos, el doctor Kellman convenció a Bernie para que saliera de la habitación. Doce horas después, cuando Barbara estaba ya exhausta y loca de dolor, el médico se convenció de que su abertura pélvica era demasiado estrecha y la criatura no podría pasar por el cuello del útero. Le hizo una cesárea y vino al mundo un niño de cuatro kilos y medio.

Ahora, quince meses después, Barbara estaba en el cuarto del niño de la casa de Green Street enseñando a su hijo a pronunciar correctamente la palabra camión. El niño se llamaba Samuel Thomas Cohen, Samuel por Sam Goldberg, el que fuera abogado de Barbara, a quien ella quería mucho, antiguo dueño de la casa victoriana en la que ahora vivían, y Thomas, por el abuelo Seldon. El pequeño Samuel era un niño robusto y sano de cabello castaño, ojos azules y con cinco dedos en cada mano y otros cinco en cada pie, que era todo lo que Barbara deseaba.

Aquella noche, mientras daba de cenar a Samuel al tiempo que le administraba una modesta dosis de lingüística, Barbara espiaba el sonido de la puerta del vestíbulo que le diría que Bernie había vuelto, eso si decidía cenar en casa en lugar de quedarse trabajando hasta las diez, las once o las doce. Otra parte de su cerebro estaba ocupada

planeando la manera de pasar la velada sin discusiones ni disgustos, al tiempo que reconocía que tales planes habían fallado lastimosamente otras noches. Durante los últimos meses se había dicho a sí misma una y otra vez que su matrimonio se iba a pique, y una y otra vez se lo había negado.

Había esperado para casarse hasta los treinta y dos años y luego lo había hecho, como solían decir los que la conocían, con el tipo menos adecuado del mundo.

«He esperado —se decía—. No he ido a ciegas. He visto naufragar muchos matrimonios. Conozco los defectos de este hombre y conozco también sus cualidades. No me hago ilusiones sobre el matrimonio. He visto demasiados niños de amor convertidos en pozos de serpientes como para no comprender que, en el mejor de los casos, el matrimonio es algo casi imposible. Pero los dos somos personas adultas y los dos hemos sufrido nuestro calvario particular. Saldremos adelante».

Más o menos lo mismo le dijo a su madre; pero sus palabras sonaban huecas, y su madre la miró pensativa y contrariada. Jean Whittier, a sus cincuenta y ocho años, era todavía una mujer muy hermosa. Ya no las tomaban por hermanas ni Jean trataba de disimular las arrugas ni las canas; pero tenían la misma estatura y el mismo porte. Jean había visto fracasar dos matrimonios, y los dos, suyos.

—Tal vez salgáis adelante y tal vez no —dijo Jean.

—Lo deseo con toda mi alma —confesó Barbara.

—Él tiene que desearlo también con la misma fuerza. ¿Y de dónde va a sacarla? Tú eres una escritora de éxito. Eres famosa en todo el país. El que hayas puesto todo tu dinero en una fundación benéfica no cambia demasiado las cosas. Tú tienes dinero. Todo eso hace que él se sienta disminuido.

—Todo eso ya está explicado.

—Lo que importa es que esté resuelto.

El niño dijo algo que tenía un cierto parecido a «camión», Barbara le dio la última cucharada y le entregó el camión. En aquel momento oyó cerrarse la puerta. No eran más que las seis.

—¡Hola, Bobby! —gritó Bernie—. Ya estoy aquí.

Su voz tenía una nota de animación, entusiasmo y excitación que no sonaba en ella desde hacía mucho tiempo.

La víspera, Bernie llegó casi a las doce. Barbara en ningún momento pensó que pudiera haber otra mujer. El marido infiel no vuelve a casa con la ropa de trabajo, grasa en las uñas y el cuerpo molido. Tenía sus problemas, pero no era uno de ellos la existencia de otra mujer.

Barbara estaba en su estudio, escribiendo. Al oír el sonido de la máquina, él abrió la puerta y se quedó en el umbral. Ella se levantó y fue a abrazarlo, pero Bernie dio un paso atrás.

—Estoy puerco.

—Te preparo el baño.

—Estoy demasiado cansado para tomar un baño.

—Bernie, no puedes meterte en la cama de ese modo.

—¿Por qué no? Soy un cochino mono grasiento. ¿Qué puede importar?

—Nada de eso. Tienes uno de los mejores talleres de reparaciones de la ciudad y lo llevas muy bien.

—Preferiría que no me esperases levantada. Trabajo hasta las tantas y luego nos ponemos a discutir por tonte-rías. Y estoy demasiado cansado para discutir.

Esto, la noche antes. Hubo otras parecidas. Cada vez, Barbara sentía frío en los huesos, trataba de dominarse, se decía que todo el mundo puede decir cosas desagradables; pero con la mayoría de la gente se podía hablar.

—No estoy levantada porque te esperara, Bernie —respondió ella con calma—. Lo que ocurre es que durante el día apenas me queda tiempo para trabajar. No es que no quisiera esperarte; pero es una buena hora para escribir. Sam es muy absorbente...

Como tantas otras noches, pero hoy, aquella voz vibraba de entusiasmo. Barbara puso al niño en el parque y bajó corriendo la escalera. Bernie la abrazó con fuerza. Luego se disculpó.

—Hecho un marrano, como siempre. ¿Y el niño?

—En el parque. Acabo de darle la cena.

—Magnífico. Ahora mismo le digo quién manda aquí y luego me tomo un baño. No tardo ni quince minutos. ¿Qué hay de cena?

—Pollo, patatas, guisantes, ensalada...

—¡Superior!

Mientras él subía rápidamente las escaleras, ella le miró desconcertada y contenta, pero también un poco intranquila. Aquél no era el hombre con el que había vivido durante los últimos seis, siete u ocho meses; no era el hombre taciturno, deprimido y malhumorado que se sentía preso en su propia trampa. Ella le siguió. Su visita al niño había sido breve, pues ya estaba en el baño.

Cuando Barbara hubo acostado a Sam, Bernie ya estaba vestido y esperándola.

En la mesa, Barbara dijo con suavidad:

—Hoy has tenido un buen día, ¿verdad, Bernie?

—Uno de los mejores.

—Me alegro.

Se quedó esperando que él le dijera qué había ocurrido.

—No he estado muy simpático últimamente, ¿verdad?

—No mucho. No. Creo que lo comprendo.

—¿Estás segura, Bobby? —Dejó de comer y la miró—. Muchas veces me he dicho que te quiero tanto como un hombre puede querer a una mujer. Pero no es cierto. Te quiero tanto como soy capaz de querer. Te quiero desde el día en que nos conocimos en París. Y he sido fiel a ese amor.

—Lo sé —admitió ella en voz baja.

Empezaba a sentir en el estómago una punzada de miedo. Bernie estaba de buen humor, pero aquélla tampoco iba a ser una noche tranquila. Sus palabras le hicieron recordar aquel día de 1939 en que él llamó a la puerta de su apartamento de París. Ella abrió y se encontró frente a un hombre enorme, con un pantalón de algodón y una camiseta de manga corta, sin afeitar. La guerra civil española había terminado. Las Brigadas Internacionales se habían disuelto. Bernie Cohen, ex voluntario de la brigada «Abraham Lincoln», a la sazón sin trabajo, había cruzado los Pirineos y llegado a París andando y en autostop. Barbara recordaba incluso lo primero que pensó entonces: «¡Qué tipo tan raro! Como un oso con la nariz larga». Pero luego le miró a los ojos, unos ojos azul pálido, grandes e inocentes como los de un niño. Mirabas esos ojos y no podías pensar en hipocresías ni en desconfianza.

Ahora, aquellos ojos estaban fijos en ella, muy abiertos, infantiles. Casi como los del pequeño Sam. Este hombre no había crecido. Las mujeres maduran; es algo que llevan en las glándulas, en el cuerpo, en su energía vital; pero los hombres pueden sufrir las más atroces pruebas y siguen siendo irnos niños de cuerpo grande.

—¿Qué ha sucedido hoy, Bernie? ¿Por qué no me lo cuentas?

—Bueno, ya va, ya va. Verás, es una de esas cosas que tienen su historia, que no ocurren porque sí, como lo nuestro que tampoco fue porque sí. ¿Te acuerdas cuando te dejé en París?

—Me acuerdo.

—Bueno, me fui hacia el Sur, eso ya te lo he contado. Y que en Marsella me encontré con Irv Brodsky. ¿Recuerdas?

—Que también había estado en las Brigadas Internacionales —asintió Barbara—. Sí, Bernie, me acuerdo.

Él la miró interrogativamente. Había algo en el tono de ella que le desconcertaba.

—¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! Irv Brodsky. Un veterano de la guerra de España que había nacido en el Bronx de Nueva York. Él había llegado a Marsella en barco desde Barcelona y los dos nos pusimos a trabajar para unos franceses que hacían viajes clandestinos de Marsella a Palestina. Frente a las costas de Palestina nos hundieron, pero conseguimos llegar a tierra y fuimos a parar a un kibbutz cerca de Haifa.

Barbara asintió. Había oído muchas veces la historia.

—No estaba seguro de si te acordarías. Brodsky y yo éramos muy amigos. Estuvimos trabajando varios meses en el kibbutz y organizamos un sistema de defensas. Te cuento todo esto para darte una idea de conjunto —dijo con cierto nerviosismo—. Me parece que ya te dije que los del kibbutz decidieron que me alistara en el Ejército inglés y me hiciera piloto. Bueno, entonces vi por última vez a Brodsky... hasta hoy.

—¿Hoy le has visto? ¿Dónde?

—A eso iba, Bobby. Hoy, a la hora del almuerzo, él y otro, un tal Herb Goodman, se han presentado en el taller. Ya puedes figurarte lo que he sentido al ver a Brodsky después de tantos años.

—¿Quieres decir que han entrado en el taller por casualidad?

—¡Oh, no! Brodsky me había seguido la pista.

—¿Qué quieres decir?

—No es tan difícil. Los de la brigada «Lincoln» tienen una oficina en Nueva York y allí guardan las direcciones de la mayoría de nosotros; yo estoy suscrito al boletín y les mando dinero de vez en cuando. Ellos le dieron la dirección del taller y él y Herb Goodman fueron a verme.

—¿Sólo para saludarte? —inquirió Barbara, después de una pausa^. ¿Han hecho un viaje tan largo sólo para eso?

—Si no me equivoco, a ese Herb Goodman no lo conocías.

—Exacto. Y si no me equivoco yo, te has enfadado. ¡Vaya por Dios, una vez que no me siento como un trapo sucio

tú te enfadas!

—No estoy enfadada. —Y añadió para sí—: Sólo estoy asustada.

—¡Tengo un taller de reparaciones! —exclamó él—. ¿Te has parado alguna vez a pensarlo? ¿Qué es lo que yo hago? Soy un mono grasiento, tanto si lo aceptas como si no. Trabajo doce, catorce o dieciséis horas al día para poder pagar la nómina y la hipoteca. Ni siquiera gano lo suficiente para mantener esta casa. Lo haces tú.

—Eso no es verdad.

—Llego a casa tan cansado, que no puedo ni abrazarte y decirte que te quiero. Estoy demasiado cansado para hacer el amor. O tal vez sea que me odio tanto a mí mismo, que ni eso resulta ya.

—¿Quieres postre? —preguntó Barbara en voz baja—. Tenemos helado.

Él se recostó en el respaldo de la silla y la miró sonriente.

—Te quiero, Bobby, ¿lo sabes? A veces me dan esos ramalazos, pero la verdad es que te quiero. Lo que ocurre es que para mí no es suficiente quererte y tener un taller de reparaciones. No sé por qué. La verdad es que me consumo. Esta misma mañana estaba seguro de que se me estaba haciendo una úlcera. No tengo más que cuarenta y dos años. No soy viejo. Sin embargo, tengo la impresión de que ya todo lo he dejado atrás y ya no me espera nada.

—¿Y hoy eso ha cambiado? —preguntó Barbara.

—Sí.

—¿Quieres helado?

—Desde luego.

Ella abrió el frigorífico. De espaldas a Bernie, mientras sacaba el helado de la bandeja y lo ponía en una fuente, preguntó:

—¿Quiénes son esos dos hombres, Brodsky y...?

—Goodman. Los dos son miembros de la Haganah, la organización de defensa de los judíos de Palestina. Son

norteamericanos, pero viven allí. Ahora han venido en una misión especial.

—¿Qué clase de misión?

Le sirvió el helado y él empezó a comer mirándola con sus ojos claros e infantiles.

—Es un secreto, Bobby.

—Soy tu mujer.

—De acuerdo. Va a traer jaleo la resolución de la ONU que autoriza la creación de un Estado judío en Palestina. Puede ser cuestión de semanas o de meses, pero lo cierto es que habrá guerra con los árabes, y lo que más necesitan ahora los judíos son aviones. No sé cómo, han conseguido hacer un trato con los checos. El embargo les impide sacar material de los Estados Unidos. Los checos piden dos millones en efectivo y en Nueva York reunieron el dinero. Todo, de tapadillo. No podían acudir a ninguna de las fuentes normales. Ahora hay que llevar el dinero a Checoslovaquia, recoger los aviones que estarán desmontados y llevarlos a Palestina. El FBI ha recibido informes y está vigilando la operación con ojos de lince.

—¿Y por qué han ido a verte, Bernie? ¿Para reanudar una antigua amistad?

Él había terminado el helado. Se levantó, se acercó a ella, se inclinó y le dio un beso. Ella no se movió. Le parecía que se le había parado la sangre en las venas y que se le helaba el corazón. Él se acercó al fogón y cogió la cafetera.

—¿Te sirvo café? —preguntó.

Cuando se casaron, él disponía de unos tres mil dólares, su paga del Ejército inglés más lo que había podido reunir jugando a los dados. Sería un ciudadano respetable, honrado y trabajador. Pidió prestados otros cinco mil, y con ocho mil dólares y una gran hipoteca compró el taller. Iba a trabajar por la mañana y regresaba por la noche.

Sirvió dos tazas de café.

—Hay diez «C-54» en un campo de los alrededores de Barstow. Son cuatrimotores grandes de los que se usaban